

la vez o alternativamente y corre con tan extraordinaria velocidad, que se queda el espectador pensando que a la humanidad le han salido corrientes eléctricas en las patas.



XVIII.

Los borrachos

EN el profundo drama de Bjoernstjerne Bjønson «Por encima de nuestras fuerzas» figura un tipo extraordinario, una especie de héroe de la fe, el místico y sentimental Sang, cuya mujer, por el contrario, está poseída por el descreimiento de nuestra época; y entre las muchas ideas que surgen naturalmente de este contraste, hay una, acaso la más bella del drama, que refleja un sentimiento de generosidad y de tolerancia, muy digno de imitación:—«Ahora que no participas de mi fe—dice Sang a su mujer—ahora te amo todavía más».

Antes de leer este noble pensamiento de Bjønson tenía yo adquirida la buena costumbre, sin ser ningún Sang, de practicar constantemente la tolerancia con todo el mundo y en particular con los que hacen lo contrario que yo. De aquí arranca mi simpatía por los borrachos; de que yo no bebo nunca, y si por raro azar bebo, bebo lo que los borrachos detestan más: agua. Los borrachos tienen muchas cosas malas; pero yo los veo por el único lado bueno que tienen; los cojo por el asa favorable, como recomendaba Epitecto, y los

considero como organismos humanos elementales, gobernados por el instinto.

En «Un enemigo del pueblo» hay una escena tumultuosa, una reunión popular en la que el doctor Stockmann intenta exponer las razones que aconsejan prohibir el uso de las aguas corrompidas, que en vez de curar matan a los que las beben. Llegado el momento de votar, todo el mundo vota en contra, excepto un borracho que vota en pró del doctor. El borracho está puesto allí para afrentar a la democracia, que Ibsen desprecia; pero es también el instinto de la sociedad. Las personas cuerdas reflexionan así: el manantial estará infectado; pero la infección no será cosa grave, cuando nos encontramos aquí reunidos, en perfecta salud; si se lo inutiliza, el pueblo va a perder una «fuente de riqueza»; Stockmann pues, es «un enemigo del pueblo». Sustituyamos manantial por sociedad y veremos que el razonamiento es vulgarísimo, puesto que lo empleamos a diario para justificar todos los abusos, por aquello de que al corregirlos el remedio sería peor que la enfermedad. Los únicos que no transigen son el borracho y el hombre justo. El borracho piensa al modo que piensan los borrachos:—Si el manantial es un peligro para la salud, suprimamos el peligro; aunque nos equivoquemos no se pierde gran cosa, por suprimir un manantial de agua en el mundo. ¿Y el hombre justo, el idealista, el Quijote? Este coincide siempre con el borracho, porque no es más que un borracho que no bebe, un hombre que se embriaga con ideas.

El hombre ebrio es la expresión más clara que existe en la tierra, del ser humano instintivo y en éste hay que buscar la clave para descifrar al ser de razón. Existe una filosofía de la embriaguez, no estudiada aún, por meticulosidades ridículas. Puesto que hay microbiólogos que se immortalizan a fuerza de manipular en excrementos humanos, séame a mí permitido hacer algunas reflexiones sobre la embriaguez, ahora que vivo en un medio favorable. El borracho finlandés es uno de los más perfectos de Europa; es el borracho «a priori»; es decir, que sería capaz de destilarse a sí mismo para embriagarse con su propia substancia. De tal suerte juzga y considera compenetrados el hecho de existir y el de mitigar esta desventura con algún consuelo espirituoso.

Mis investigaciones sobre este tema datan de largo. El mismo día que llegué a Amberes, ya hace algunos años, salí, por la noche, a dar un vistazo a la ciudad y lo primero que me llamó la atención fué ver pandillas de hombres borrachos, cogidos del bracete, cantando el himno nacional belga. «La Brabanconne» o la canción de moda en aquél entonces, que creo que era el tan celebrado, repetido y tonto «Tararabum de ay!» importado de Inglaterra, la nación que tiene peor oído, entre todas las de la «vieja» Europa. Y todo lo que fuí viendo después venía a confirmar la idea que me sugirieron los borrachos: que las cualidades esenciales del pueblo flamenco eran el espíritu de asociación y la manía musical.

Muchos domingos hacía largas excursiones por

el campo. A veces oía a lo lejos, por entre la espesa y menuda llovizna que suele caer de continuo, un zumbido intenso y prolongado como el de una legión de abejorros, puesta en marcha; y luego veía aparecer un grupo de peregrinos, viejos y viejas casi todos que iban de unos a otros pueblos, en la mano el rosario y en los labios la oración. Y poco después oía un trompeteo infernal y luego veía aparecer la banda musical de éste o aquél lugarejo, formada por la gente moza, amiga de divertirse, aunque sea a costa de los sudores que da el ir cargado con un formidable trombón. Si yo fuera amante de las antítesis, hubiera pensado como Echegaray al comparar en su drama «Dos fanatismos» la candileja de aceite y el arco voltaico, que los devotos romeros eran la vieja fe, el pasado, y los músicos de blusa, el progreso moderno, el presente y el anuncio del porvenir; pero soy amante de las síntesis y se me ocurrió pensar que los unos y los otros y los que vengan después eran y serán siempre en diversas formas creaciones del espíritu invariable de aquel territorio.

Los países cuyo suelo es muy quebrado, parece como que ellos mismos lanzan a unos hombres contra otros. Hasta en los libros de texto se enseña a los niños que los habitantes de la montaña son más guerreros que los de la llanura. En los países llanos como Flandes los hombres están como las espigas en una haza de trigo; puestos pacíficamente y pre-dispuestos para vivir en pacífica asociación. Además el suelo está al nivel del mar, o más bajo aún, y la presión atmosférica es enorme, hay necesidad

de poner los pulmones en ejercicio. ¿Cómo? Esto es lo único que depende de la evolución: aquél rezaba mirando al cielo, este sopla en la embocadura de un cornetín, el que venga después quizás prefiera dar rebuznidos. Pero lo esencial será siempre desahogarse. Y si se cree que mi teoría es caprichosa, que se me explique por qué en un pueblo tan amante de la música todo el mundo da la preferencia a los instrumentos de viento.

En Finlandia hay también pasión por la música y mayor aún por el canto. El orfeón o «sangfoering» se multiplica como la langosta; la fiesta pública más celebrada en el país son los certámenes corales; la figura más grande que ha concebido el numen popular finlandés, Wainamöinen, es un viejo célibe, cuya ocupación predilecta consiste en cantar, acompañándose con el kantele. Y sin embargo, lo que hay más profundo en el espíritu finlandés no es el amor al canto ni a ninguna de las bellas artes; lo que hay nos lo va a decir el borracho. Para esto, naturalmente, hay que elegir el tipo más general, el que se ofrece a los ojos del público, como resumen de las aspiraciones instintivas de la colectividad; y ese tipo es el del obrero borracho, que compra una tagarnina, monta en un cochecillo descubierto y va por los lugares más visibles luciendo su importante personalidad. No va a ver, pues cuando toma el coche carece ya hasta de fuerza para abrir los ojos, ni tampoco a que lo vean, pues esto supondría un descaro, que no se compagina bien con el respeto que aquí se tiene a las buenas costumbres. La idea del borra-

cho es llegar pronto a su casa y llegar como llegan las «personas decentes», o sean, las que usan carruaje a diario.

Debe notarse que aquí el cochero o «iswochyic» (una de las contadas palabras rusas, usadas en sueco) suele dispararse a correr, sin preguntar a donde debe ir; yo he hecho dos veces la prueba y he estado horas y horas paseando por donde al «iswochyic» le daba la gana, hasta que me he cansado y le he dicho que pare. Ocurre, pues, que con el traqueteo, el borracho se duerme a los pocos pasos y que a veces se cae del trineo o se queda atasajado en él, con la cabeza arrastrando por la nieve, mientras que el conductor sigue impávido su carrera, sin mirar atrás, hasta que le saca de su «apoteosis» algún alma caritativa, si por casualidad se encuentra alguna de estas almas al paso. Pero aun con la cabeza rota, el borracho llegaría a su casa muy contento porque había satisfecho una exigencia de su instinto, la de aparecer exteriormente, aunque sea por breves instantes, como un hombre que goza de las comodidades de la vida. El finlandés piensa antes que en nada en vivir bien, en comer, beber y arder, y en molestarse lo menos posible; ama todas las manifestaciones del arte, pero la manifestación del arte está siempre pared por medio con un restaurant; y al ver la frecuencia con que se va de uno a otro departamento, dando ganas de pensar que aquellos fieles han ido a adorar el santo por la peana.

Será curioso trazar un mapa mundi de la embriaguez, uniendo con líneas ondulantes los pun-

tos del globo, iguales en intensidad alcohólica; tendríamos acaso líneas muy semejantes a las isotérmicas, porque a primera vista se nota que el alcoholismo va aumentando, conforme va descendiendo la temperatura; y sería más curioso aún estudiar las formas exteriores con que se muestra la borrachera humana, para conocer el carácter de los diversos territorios. El Norte nos daría el borracho constitucional, (y no se crea que me refiero a ninguna constitución, hablo del temperamento), intensivo, metódico y práctico; Inglaterra, el borracho más resistente y el que da menos chispas, un borracho subjetivo, que bebe hasta caer desplomado, como un cuerpo sometido a las leyes del inglés Newton; Alemania, el borracho humorístico y pedagógico. Yo recuerdo haber estado cierta vez en una reunión de alemanes jóvenes y uno de ellos que bebió más de la cuenta se subió en un tonel y nos explicó una tesis doctoral, sobre la «Influencia de Agamenón en el desarrollo de la lingüística comparada».

El borracho de los Países Bajos (de todas las provincias antiguas, no sólo las de Holanda de hoy) ya se sabe que es corporativo y filarmónico; pero tiene además una cualidad curiosa: es el que aguanta menos la orina. Y en prueba de que la observación no es baladí, citaré en mi apoyo al prodigioso Teniers, en muchos de cuyos cuadros hay en segundo término un hombre inclinado contra una pared o vuelto de espaldas al espectador en actitud manifiesta de hacer aguas. Teniers era el más realista y el mejor observador entre los

pintores flamencos, tan genial desde cierto punto de vista, como el mismo Rubens, y ese rasgo personalísimo de sus cuadros no es caprichoso, pues por él nos ha legado una «fisiología del borracho flamenco» así como Velázquez nos dejó en su cuadro famoso una «psicología del borracho humano». El hecho es innegable y nada perderían los médicos con meditar sobre él. Yo entiendo que esa incontinencia de orina no procede sólo del uso de la cerveza, sino que anda por medio la presión del aire y acaso también la afición a la música.

Continuando el viaje hacia el Sur, nos encontraríamos en Francia con el borracho patriótico y en España e Italia con los peleistas, con los de la navaja; y en el continente negro no sé lo que ocurriría si el Corán no tuviera a sus devotos un tanto metidos en cintura. Bien dijo el que dijo que no hay libro que no tenga algo bueno. La parte negativa o prohibitiva del Corán es en general excelente, como lo son casi todas las prohibiciones, por lo mismo que casi todo lo que los hombres hacemos son puros disparates. Aunque duela confesarlo, para registrar nuevos estragos del alcohol hay que volver las espaldas al Islam y echar una ojeada sobre los centros de colonización establecidos en Africa por los civilizadores europeos.

Del estudio de la embriaguez se deducen muchas verdades útiles para todas las ciencias; pero yo sólo voy a sacar esta conclusión consoladora: todos los borrachos del mundo tienen un rasgo común, todos marchan haciendo eses; aun estos

de Finlandia que usan carruaje, van dentro de él dando unos vaivenes que si no son eses perfectas, poco les falta; y en esa particularidad veo yo una expresión de la Filosofía de la Historia, puesto que también la Humanidad camina ya torciéndose hacia un lado ya hacia el otro, siempre en dirección de algo desconocido, que debe de ser su casa, a la que llegará, no hay que dudar, como llegan los borrachos, aunque sea tarde y con la cabeza vendada.



Cómo se divierten los finlandeses: espectáculos teatrales

SI se reúnen varios hombres de talento y de chispa, no tienen más que soltar la lengua para matar alegremente el tiempo; si se reúnen varias personas graves y sin gracia necesitan para divertirse «organizar» algo. Hay precisión de divertirse y cuando no surge espontáneamente la diversión, nuestra voluntad suple la falta con regocijos artificiales. Por esto, los pueblos que no tienen habilidad o humor para distraerse de un modo natural, son los que disfrutan de mejores y más variados espectáculos teatrales, y el de Finlandia, por un contraste muy marcado, merced a la organización, siendo uno de los pueblos más tristes, se convierte en uno de los más alegres o divertidos del mundo.

Una población como esta de Helsingfors, que en España tendría a lo sumo un par de teatros, mantiene en constante y próspero ejercicio diez o doce, que cultivan todos los géneros de distracción conocidos en Europa y América y algunos de

propia invención. Hay «Teatro sueco» donde se representan obras de autores suecos o sueco-finlandeses y traducciones de las de todos los teatros europeos. Figura a la cabeza Ibsen, después Alemania con Hauptmann y Sudsmand, luego Francia con Dumas, Inglaterra con Pinero y España con Echegaray. Yo he asistido a una representación de «Mariana», que me hizo pasar un mal rato. A excepción del actor sueco Svennberg que interpretó bien el papel de «Montoya», los demás eran tipos graciosos por lo discordantes: D. Pablo, un inglés; D. Cástulo, un alguacil del tiempo de Quevedo; las señoras no habían tenido fuerzas para llegar a España y se habían quedado en el camino, en cualquier parte.

Hay «Teatro finlandés», frecuentado por una sociedad que parece imposible que viva mezclada con la que asiste al «Teatro sueco»; tan diferentes son los tipos, los trajes y hasta el aire que se respira. El «Teatro finlandés» tiene escaso repertorio de obras originales, porque es de creación reciente; da traducciones de Shakespeare en primer término, y traducciones de obras suecas o alemanas. El «John Gabriel Borkman», de Ibsen, se estrenó la misma noche en ambos teatros. También rinde culto al teatro de moda y no hace mucho dió «Erotaan pois» o sea «Divorcons», de Sardou y Najac.

Viene luego el «Teatro Alejandro» con obras rusas, suecas y espectáculos diversos. Este año ha actuado una compañía de Opera italiana, con un extenso repertorio. La «Universitetets solem-

nitetssal» da con frecuencia grandes conciertos; la Studenthus fiestas variadas, y «Brandkorshuset» conciertos populares y bailes; hay circo ecuestre a donde acude el pueblo a ver luchar los atletas, y numerosos teatros de corporaciones; y por si no bastara, los principales hoteles de la ciudad disponen de grandes salas de espectáculos, donde se realiza simultáneamente la doble operación de divertirse y de comer a dos carrillos. La distracción nocturna es aceptada como un ejercicio higiénico, indispensable. De sobremesa la familia acuerda el plan de campaña, arreglándose de modo que cada cual eche por su lado para disfrutar de mayor libertad de movimientos; el padre va al club, la madre al «Teatro sueco», la hija a la Opera y el hijo a un sitio donde haya «Variatés», es decir, cantó y bailes picantes, al modo del «café-concert» francés. Así se distribuye equitativamente el dinero y se satisfacen armónicamente todos los gustos.

Todos los espectáculos mencionados son poco más o menos como en todas partes, por lo mismo que son de puro artificio; la única forma un tanto original y que merece ser conocida es el «Allegrilotteri» que se da casi siempre como «función de auxilio» por corporaciones que se hallan mal de fondos. Un «Allegrilotteri» es una rifa combinada con todas las artes y ciencias y hasta con cosas que no son ciencia ni arte. Cuando el «Allegrilotteri» llega a su máximo desarrollo se transforma en «Fest», cuyo anuncio coge dos o tres columnas de periódico, puesto que es una serie

de espectáculos combinados, que duran dos o tres días. Lo más característico de estas fiestas son los cuadros vivos, utilizados aquí con excelente sentido práctico como medio de vulgarización artística. Las conferencias, intermedios musicales y dramáticos, bailes y rifas, no tienen tanta originalidad.

Los cuadros vivos son representados por las personas más distinguidas de la sociedad, sirviendo para cada paso, las que por su tipo son más a propósito. Cuando una señorita figura en los cuadros con demasiada frecuencia hay quien dice que es que desea casarse pronto; pero aparte algunas ligeras murmuraciones, en general se aplaude como acto meritorio el de prestarse a figurar desinteresadamente, por amor al arte, en los cuadros o «tablaer».

Nosotros consideramos estos cuadros vivos como algo infantil digno de hacer juego con los castillos de fuegos artificiales; sin embargo, todo depende de la manera de entender y hacer las cosas. Supongamos que se organiza una fiesta, en la que una persona inteligente da una conferencia acerca de Wagner y sus obras y que después en diversos cuadros se representan escenas de «Tannhauser», de «Lohengrin» o de «Parsifal». Con esto y con algunos números musicales se habrá dado una anticipación de un arte nuevo y grandioso, del que se suele hablar mucho y del que la generalidad no tiene la menor idea. Hay espectáculos caros que no están al alcance de las poblaciones pequeñas y de los que se puede tener a poco costo una idea plástica por medio de los cuadros vivos.

Además no se trata de obras representables; hay obras dramáticas irrepresentables, que podrían ser popularizadas por este procedimiento. Acaso la obra más real, más vigorosa del Teatro español sea una obra no representada nunca, «La Celestina» o «Tragicomedia de Calixto y Melibea». ¿No es injusto que esta obra admirable, por no ser teatral, se haya convertido en «tragedia de gabinete», conocida sólo de las personas cultas, siendo como son, sus tipos merecedores de vivir en la imaginación popular con mejor título que muchos de nuestro teatro clásico? Esta injusticia se podría reparar en parte reproduciendo en cuadros diversos las principales escenas del drama. Como los personajes no hablarían, no habría peligro de escuchar ninguna de las crudezas de la desenfadada creación del estudiante Fernando de Rojas. A este tenor, sería fácil ofrecer ejemplos en que los cuadros vivos tendrían aplicación eficaz, ya como obras artísticas en sí, ya como avanzada o vanguardia de notables representaciones artísticas.

Aunque hablo aquí de los teatros como centros de diversión, voy a terminar esta carta diciendo algo sobre la escasísima producción dramática de Finlandia. En medio de la desenfrenada vida teatral, de que he dado un apunte sumario, la dramática finlandesa se halla como anegada y sin lograr ponerse a flote. En todos los asuntos impera un cosmopolitismo desenfrenado, y en los teatrales más aún, porque se va sólo al «*affaer*» al negocio. Aquí todo es negocio: negocio de teatro, negocio de vinos, negocio de hoteles, negocio de zapatos.

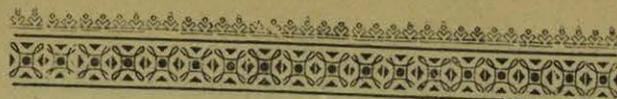
Quien dispone de capital está al acecho, y lo mismo toma un negocio de teatros que un negocio de comestibles. No obstante, se protege mucho a los autores del país y el que logra distinguirse mucho, es objeto de veneración; el aniversario de su natalicio es día festivo, teatralmente hablando; hay iluminaciones y colgaduras y representación de gala; algo por el estilo de lo que en España ocurre con «Don Juan Tenorio» o en Granada el día de la Toma; sólo que aquí el entusiasmo es todavía mayor. El Runebergsdag o «día de Runeberg» es día tan festejado como el del Corpus en España.

Hay dos grupos de autores dramáticos, como hay dos teatros, dos lenguas de uso general y dos formas de vida diferentes. Los que escriben en sueco podrían figurar sin gran dificultad en el teatro sueco, aunque los asuntos de sus obras sean tomados generalmente de la vida o de la historia finlandesas; no ofrece ningún rasgo original, que los hagan dignos de ser conocidos o imitados fuera de su país; los más notables han escrito para el teatro de una manera secundaria. Runeberg, autor de «*Kan ej*», (No puedo) y «*Kungarne pa Salamis*» (Los reyes en Salamis), es el primer poeta de Finlandia; Zacarías Topelius, fecundo novelista, ha compuesto entre otras obras dramáticas: «*Regina von Emmeritz*» y «*Efter femtio ar*» (Cinuenta años después). Wecksell, notable poeta lírico ha dejado en su drama «*Daniel Hjort*» la obra más saliente del teatro sueco-finlandés.

El teatro finlandés no ha tenido aún tiempo para

adquirir desarrollo. Aparte pequeños ensayos como la «Ruunulinna» de Logervall (arreglo de «Macbeth») o la comedia de Hannikainen «Silmaenkäentäjä» (puesta aquí sólo como trabalenguas), el primer autor dramático en lengua finlandesa es Alexis Kivi, que murió loco en 1872 y que entre varias producciones, alguna tan notable como «Nummissuntarit», dejó una tragedia un tanto melodramática pero de grandiosa concepción, «Kullervo», con la cual el teatro finlandés buscó su natural asunto, el de la poesía épica popular de la que está sacado el asunto de «Kullervo», protagonista de un trágico episodio del «Kalevala». Los que sucedieron a Kivi, entre los que figuran Erkkö, Minna Canth, Numers, se inspiraron ya en la tradición épica, ya en la vida popular, sin haber dado aún obras magistrales que coloquen el teatro finlandés a la altura de un teatro nuevo, original, en Europa.

El teatro finlandés tiene mala estrella: sus dos autores más grandes, Kivi entre los finlandeses, y Wecksell entre los suecos, han concluido por volverse locos; así es que los que han venido detrás han entrado en tierra de miedo y no quieren pasar de medianos.



XX.

La poesía épica popular finlandesa: el «Kalevala»

Lo más bello y característico de la literatura finlandesa aparece en los tiempos heroicos, anteriores a la Era cristiana. El pueblo finlandés muestra su genio poético en creaciones admirables; luego, como quien ha dicho de una vez cuanto tenía que decir, enmudece y se esfuerza sólo para conservar por tradición estas creaciones primitivas. Un espíritu excéptico creería acaso que la poesía popular finlandesa no ha sido una creación original, sino una adaptación; que un pueblo capaz de vivir siglos y siglos en silencio no ha podido tener un arranque de locuacidad tan fecunda, como la revelada en el comienzo de su historia. Esta historia, sin embargo, explica en parte la anomalía. Un pueblo sometido a dominaciones extrañas no puede desenvolverse con libertad. La cultura sueca transplantada a Finlandia ahogó en flor la cultura indígena, y el partido más prudente que pudo tomarse fué quizás el que los finlandeses tomaron, el de conservar intacta y escondida su tradición poética, para que no se mezclara y se